

MONUMENTO

PARA PERPETUAR LA MEMORIA DEL
INSIGNE Y BENEMÉRITO VETERINARIO

EXCMO. SEÑOR

D. Dalmacio García Izcara



MADRID
Imp. Cleto Vallinas
Luisa Fernanda, 5

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

MONUMENTO

PARA PERPETUAR LA MEMORIA DEL
INSIGNE Y BENEMÉRITO VETERINARIO

EXCMO. SEÑOR

D. Dalmacio García Izcara



MADRID
Imp. Cleto Vallinas
Luisa Fernanda, 5

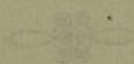
Ayuntamiento de Madrid

MONUMENTO

PARA PERPETUAR LA MEMORIA DEL
INSIGNE Y BENEMÉRITO VETERINARIO

EXCMO. SEÑOR

D. Dalmacio García Izarra



MADRID
Imprenta de D. Juan Valero
Calle de San Mateo, 10



Ayuntamiento de Madrid

A los Veterinarios españoles

El día 5 del pasado mes de marzo, y convocados por el excelentísimo señor V. Presidente del Real Consejo de Sanidad, e ilustrísimo señor D. Angel Pulido, en la Real Academia de Medicina de esta corte, se celebró una reunión de representantes de los distintos sectores de la Veterinaria española, siendo éstos, por las Escuelas de Veterinaria D. Tiburcio Alarcón, director de la Escuela Especial de Veterinaria de Madrid, por los catedráticos y auxiliares D. Joaquín González y D. Diego Campos, respectivamente; por el Cuerpo de Higiene y Sanidad Pecuaria, D. Santos Arán, inspector general de dicho Cuerpo; por la Veterinaria Militar, el coronel don Juan Alcañiz; por la Federación Nacional de Colegios Oficiales Veterinarios y el pueblo natal del Sr. García Izcara (Mira, Cuenca), D. Félix F. Turégano; por el Colegio de Madrid, D. Juan de Castro y Valero; por los Veterinarios civiles de Madrid, D. Agapito Pérez Gallego; por la Estación de Patología Pecuaria del Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas, D. Publio F. Coderque y por la Asociación de Veterinarios Municipales de Madrid, D. Juan Antonio Martín.

Abierta la sesión, bajo la presidencia del doctor Pulido, comenzó éste por dar lectura de la Memoria reglamentaria, que, como secretario de la Real Academia de Medicina, hubo de presentar a tan ilustre Corporación, y en la que en los capítulos dedicados a los señores académicos fallecidos expone en elocuentes y ardorosos párrafos lo que pudiéramos llamar una biografía abreviada, de nuestro querido y nunca bien llorado maestro y académico D. Dalmacio García Izcara (q. e. p. d.)

En la necrología dedicada al gran veterinario Izcara por el ilustre doctor Pulido, de una sola vez leída, se siente el regocijo del espíritu, que aunque entristecido por la pérdida material del falleci-

do, se va despertando con entusiasta reacción, viendo aquel ser tan querido por todos, porque de una manera tan magistral dibuja el Sr. Pulido en sus párrafos la figura de Izcara, que parece estar presente entre los reunidos, diciéndonos: "Fijarse cómo me encontré a la Veterinaria y cómo os la lego; espero de vosotros que como yo sabréis morir por ella, haciendo obra fecunda para los que os sucedan."

Este es el incógnito concepto que se desprende de tan brillante trabajo literario presentado a la sanción de los ilustres académicos por el Excmo. Sr. D. Angel Pulido, doctor en Medicina, trabajo que mereció la unánime aprobación de la Academia en pleno.

Orgullosa debe y puede sentirse la Veterinaria española por haber tenido intérprete de tanta mentalidad y tan alta representación social cerca de la docta Corporación, para exponer con tan acertados relieves la pérdida que para la Veterinaria patria supone el fallecimiento de D. Dalmacio García Izcara.

Orgullosos también debemos de sentirnos todos los veterinarios al oír a un extraño a nuestra profesión cantar nuestras glorias y proclamar la importancia social que nuestra carrera tiene, científica y económicamente.

Terminada la lectura de la brillante Memoria, el doctor Pulido nos dió también lectura de una "Manifiesto" que dirige a la Clase veterinaria, y del que nos abstenemos de hacer comentario, puesto que a continuación le insertamos íntegro; y de dicho documento solamente hemos de decir que es de un concepto de moral profesional tan grande, que seguramente han de sentirse estimulados hasta los hombres de opiniones más contradictorias.

Al terminar de dar lectura de este segundo y no menos admirable trabajo, el Presidente del Colegio de Madrid dió también lectura del "Manifiesto" dirigido por dicha entidad a las Escuelas de Veterinaria y a los Colegios provinciales de Veterinarios de toda España.

El Sr. Pulido aplaudió la conducta del Colegio de Madrid, y propuso a la Junta de representantes reunidos que este "Manifiesto" fuera impreso también conjuntamente con el suyo, para dirigirlo a todas las entidades que se quieran sumar al homenaje que se proyecta; pero que, con el fin de dar más facilidades a los donantes, quedará abierta la suscripción sin limitación de tiempo, siguiendo

do encargado el Colegio de Veterinarios de Madrid de hacer la recaudación de fondos y librar los correspondientes recibos.

Por último fué tomado el acuerdo por unanimidad, y a propuesta del Sr. Pulido, de nombrar una Comisión ejecutiva que se encargara de llevar a efecto todo lo concerniente a este asunto, quedando constituida esta Comisión por el excelentísimo señor D. Angel Pulido, como representante del Poder público; el ilustrísimo señor D. Tiburcio Alarcón, como representante de las Escuelas de Veterinaria, y D. Juan Antonio Martín, como presidente del Colegio de Veterinarios de Madrid, y se levantó la sesión, dándose por terminado el acto, del que todos salimos complacidos y agradecidos al ilustre doctor Pulido por su generosa y entusiasta colaboración.

Consecuentes con los acuerdos que anteceden, damos a conocer a la clase veterinaria el Manifiesto del Excmo. Sr. D. Angel Pulido:

**Monumento dedicado al recuerdo de Dalmacio García Izcara,
precursor y bienhechor de la Veterinaria española.**

MANIFIESTO

del Excmo. e Ilmo. Sr. D. Angel Pulido y Fernández, Vicepresidente del Real Consejo de Sanidad y Secretario perpetuo de la Real Academia Nacional de Medicina, dedicado a todas las Instituciones docentes y profesionales relativas a la Veterinaria y a cuantas interesen la riqueza pecuaria y la ganadería, en sus múltiples aspectos sanitario y económico.

Fragmentos extraídos de la Memoria de Secretaría de la Real Academia Nacional de Medicina, correspondiente a la sesión inaugural del año 1928, escrita y leída por su secretario, excelentísimo e ilustrísimo señor Dr. D. Angel Pulido, en la tarde del 23 de enero de 1928.

Agotadas las bajas naturales, por causa del fallecimiento, pensábamos ya hallarnos en este curso, cuando, inopinadamente, el 22 de octubre se propagó en la Prensa la noticia de que había muerto, en el transcurso de breves horas, uno de los compañeros más apreciables, prestigiosos y de gloriosa historia que tenía la Academia, consagrado desde muy antiguo a una rama de la ciencia que a él debía gran parte de su dignificación y exaltación: la Veterinaria; me refiero al Excmo. Sr. D. Dalmacio García e Izcara, figura en alto grado ilustre, no estimada generalmente en lo muchísimo que valía y había creado, porque la rama técnica a que se dedicaba había venido sufriendo humillación desde los tiempos más remotos, debido a que sus profesionales se caracterizaban, más que por realizar altos y profundos estudios biológicos, bacteriológicos, patogénicos y terapéuticos, por asistir a las especies inferiores en sus dolencias, y con más abundancia por servirles en oficio de herrador, que era de los inferiores que podía practicar un personal poco docto, extraño a las hermosas y complicadas doctrinas de las ciencias médicas, de cuya serie venía a figurar con los dentistas, en la última y pocopreciada categoría.

Señores, permitidme exponer una de las satisfacciones más grandes que yo he experimentado en mi muy larga vida médica, que de cincuenta y cuatro años pasa, consistente en que, habiendo yo conocido, en la sexta y séptima década del pasado siglo, algunos veterinarios renombrados amigos de mi maestro el Dr. Velasco, como los señores Prieto y Prieto y Téllez Vincent, y haber adquirido la conciencia de su verdadero valer, cuando yo fui en 1882 a recorrer las Universidades de Alemania, Austria y Hungría, para conocer sus instituciones docentes, tan enorme asombro me produjo el extraordinario adelanto, la brillantísima exaltación, el profundo respeto, admiración y alta posición social y académica que en Budapest tenía la Veterinaria y su personal docente y práctico, que, avergonzado de cómo en España se hallaban postergados, deprimidos y en condiciones menguadas de tener imposibles enseñanzas serias, publiqué en la Prensa nacional de gran circulación artículos sobre la imperiosa necesidad de emprender una gran reforma en esta disciplina; pronuncié en el Congreso, con grande éxito—pues conseguí mi propósito inmediatamente—, en la sesión del 17 de julio de 1896, un discurso dirigido al Ministro de Instrucción Pública, a la sazón señor Linares Rivas, para que se modificaran con una Real orden las bases y requisitos necesarios al ingreso, como alumno, en las Escuelas de Veterinaria, a fin de que pudieran los aspirantes prepararse en sus grandes deficiencias, y lograran así hacer un estudio fecundo de las varias y difíciles materias que abarca su carrera. Y desde entonces amisté con muchos distinguidos veterinarios; me puse a sus órdenes; les ayudé en cuanto pude; proclamé la exaltación moral y técnica de sus hombres docentes y profesionales y gocé lo indecible cuando vi que un plantel de profesores brillantes, algunos de los cuales honraron luego nuestra Academia, ingresaron y trabajaron en ella con demostraciones preciosas de su gran saber, de su espíritu investigador y de sus notables aportaciones a los intrincados problemas de la Patología pecuaria. A la cabeza de ellos figuraron Novalbos, La Villa y García e Izcara, y de ellos fui yo uno de sus amigos más dilectos y admiradores.

Profesor de la Escuela de Veterinaria de Madrid, García e Izcara, desde 1889, y siendo su Director desde 1912; catedrático durante cuarenta y seis años; bacteriólogo eminente en el Instituto de Alfonso XIII; elevado a los más altos cargos de la Sanidad pe-

cuaria; dedicado por su capacidad bacteriológica a la seroterapia y vacunoterapia, engrandecida moralmente por notables adquisiciones, oposiciones, obras publicadas de grande importancia, etc., etc., muchas páginas habríamos de ocupar con su biografía, si pretendiéramos exponer aquí aun con muy concisos párrafos, todo lo que el expediente biográfico de esta gran figura de la Veterinaria entraña. Yo, que me he propuesto no parar, agotando cuantas artes y medios me sean posibles y a mi alcance se hallen, para que este hombre tenga en lugar público de Madrid un monumento semejante a los que en sus plazas y paseos he cuidado erigir para médicos y cirujanos de gran fama y notables hechos, como lo fueron los doctores Rubio, Benavente, Esquerdo, San Martín, Conde de San Diego, Tolsa Latour, y tienen, por otras iniciativas felices, los doctores Cortezo y Cajal en el campo médico, y Lázaro Ibiza en la representación farmacéutica, yo confío en que de García e Izcara se escribirá también, por algunos de sus ilustres colegas, una biografía digna de un gran precursor de su ciencia y de la clase profesional a que perteneció: distinción tanto más merecida cuanto que, examinando las muchas y variadas facetas morales, laboriosas, docentes, técnicas, espirituales y de caballerosidad que le distinguieron, se revela una de las figuras más hermosas y glorificantes de las ciencias médicas españolas, en rama de que muy necesitados nos hallábamos.

Voy a terminar este manifiesto diciendo a los lectores y a cuantas personas les interese la profesión veterinaria, la salud pública y riqueza pecuaria, más todo lo que se relaciona con las ciencias biológicas, en sus múltiples aspectos, y con el desarrollo de la ganadería, que siendo notoria mi afición a enaltecer las ciencias médicas, en sus diversas ramas, una de ellas la Veterinaria, así en sus hombres como en las instituciones y organismos y medios que a su cultura y progreso sirven; y esto no solamente con los sabios creadores que en estado vivo actúan, sino aun en aquellos otros que a la muerte rindieron su natural tributo, como lo acreditan numerosos monumentos públicos que en Madrid me deben su existencia, la venerable y bienhechora figura de García Izcara, ha interesado muy singularmente y con perseverante fe y buen propósito, mi solicitud, para que llevemos a cabo aquella indicación que os expuse el mes de octubre, cuando nos reunimos en la Escuela de Veterinaria, para tratar de la exaltación del hombre ilustre, cuyo inopinado falle-

cimiento tanta impresión amarga y tan profundo dolor público causó; idea que todos los presentes en aquel acto acogieron con sensacional y noble aplauso. Yo os reúno de nuevo, porque insisto en que esa venerable, gloriosa y bienhechora figura, debemos procurar todos no sea olvidada; y que su alto ministerio y los grandes progresos y servicios que de él recibieron vida, esplendor y riqueza, sean fieles siempre a su exaltación, y todos los conservemos con alguna consagración pública y permanente, que debe ser bello monumento, para que sean estímulos de un culto religioso. Y para arraigar con más fervor este culto en nuestra alma debemos no sólo recordar la creencia y consejo del gran Letamendi, cuando decía que todo el que honra a un compañero ilustre no sólo se ennoblece y honra a sí mismo, sino que honra su Patria y la Humanidad, pensar debemos también que en las estatuas, relieves, bloques y artificios de piedras, mármoles, bronces, inscripciones y símbolos, preparados y dispuestos para recordar los grandes hombres que hicieron extraordinarios servicios a la Humanidad y a los intereses públicos; si por haber ellos muerto nada ha de halagarles, envanecerles y servirles, y pudieron, por las circunstancias de su vida y los imperativos de su apostolado, crearse rivales, adversarios y antipatías; extinto ya todo lo humano y carnal suyo, con ello deben desaparecer esos rencores y enemigas, y todos hemos de pensar que en el acervo social y en las esencias de la cultura pública queda, en cambio, cuanto crearon, el bien que hicieron, y con el progreso que en muchos intereses científicos, literarios, docentes, médicos, etc., etc., hubieron de realizar, dejaron los fundamentos de un mayor bienestar a la Humanidad. Y todo esto se halla simbolizado en la piedra y mármol; se halla, por la ley de solidaridad, bien defendido en la evocación histórica que el monumento representa, como que sólo, con su mera constitución firme, advierte al mundo todo que aquel creador genial conquistó un derecho al respeto, veneración, recuerdo y defensa de todo lo suyo; y a su vez el medio social que disfruta los beneficios por él adquiridos, se ha contraído un deber que jamás debe olvidar, con el creador y con lo creado.

Y como esto constituye un gran valor moral, base siempre de sociales mejoramientos orgánicos, y de riqueza pública, observamos todos que, por doquiera, los pueblos cultos atestiguan que los organismos sociales interesados muestran incesantemente un noble y te-

naz propósito por hacer que sobresalgan, ya con actos y revelaciones literarias públicas, ya con monumentos, lápidas, retratos o fundaciones multiformes, sus grandes figuras; es decir, los privilegiados precursores, los hombres geniales, esos investigadores que en sus sendos ministerios crearon los gigantescos impulsos iniciales y produjeron las maravillosas obras que determinaron un progreso que ha servido para cristalizar otras nuevas formas de la civilización y de la cultura universal.

Miremos, señores, lo que Madrid, capital de España, nos enseña en este aspecto, y observaremos los monumentos de Rubio, Benavente, Tolosa Latour, San Martín, Esquerdo, Cortezo, Cajal y Conde de Gutiérrez, que atestiguan los progresos de la Medicina española, en las plazas y paseos. Veamos los de los generales Espartero, Martínez Campos, Cassola, Marqués del Duero; ostentando los símbolos de la disciplina militar, el heroísmo llevado al sacrificio, su amor sacrosanto a la independencia y exaltación de la Patria, y así enaltecen el poder y la suprema soberanía de la milicia. Las estatuas y monumentos de la Pardo Bazán, Pérez Galdós, Campoamor, Moya, Mesonero Romanos, Calderón de la Barca y las de Chapi, Goya, Velázquez; en la literatura, la comedia y el drama. Rosales, Pradilla, Arrieta,... nuestros grandes artistas, su grandeza en las Bellas Artes; las de Mendizábal, Cánovas del Castillo, Castelar, Moyano, en la Política; economía pública, finanza y elocuencia. Las del Marqués de Pontejo, Salamanca y otros; sus obras en la caridad y beneficencia. El de Lázaro Ibiza, el gran progreso y enaltecimiento de la Farmacia... Y así todos los componentes sociales.

Es demasiado claro, por lo expuesto, que ahora todo sector social importante, consagrado al desempeño de altas funciones, estima que es un estricto deber suyo acreditar con sus hechos y sus grandes nombres que posee títulos o ejecutorias de nobleza, con los cuales le corresponde conquistar jerarquías, condiciones aristocráticas, que a la par enaltecen su misión social, agigantan el valor, el premio y la honorabilidad de sus miembros. Y siendo hoy la Veterinaria una rama brillante de las ciencias médicas, cuyos miembros prueban que sus laboratorios investigan ya sabia y profundamente; sus personas enseñan en Cátedras brillantes, sus funciones sirven de mucho al desarrollo de la riqueza pecuaria y a la defensa de la salud pública, y ya por este adelanto no pueden ni deben sustraerse a ocu-

par, en el concierto de dichas ostentaciones, un puesto de honor, toda vez que para ello poseen una historia brillante y han conquistado, en la serie ascendente, lugares distinguidos en los Ministerios, en las Academias, en los Parlamentos y Asambleas, lugares preeminentes, donde antes no eran recibidos ni estimados.

Hagamos, pues, ese monumento, y advirtamos que si la profesión veterinaria posee un personal numeroso en la alta enseñanza, en la milicia, en la vida profesional libre, y tiene además en la economía y riqueza pública un ramo tan importantísimo como lo es el de la Asociación de Ganaderos, con esta base, sin grandes desprendimientos, bastando una modesta suscripción individual, puede reunir la Veterinaria lo suficiente para erigir a sus personales glorias y a su brillante historia un precioso monumento digno de su valer; y como para ello cuenta ya con un escultor distinguido que se brinda a servirla con generosidad, esto facilita más la empresa.

Habiendo yo iniciado y organizado algunos de los monumentos citados, recordaré que 8.000 pesetas bastaron para erigir el monumento al doctor Benavente que hay en el Parterre; 15.000 pesetas costó el de San Martín que hay en el Prado; 45.000 el hermosísimo del doctor Rubio instalado en la Moncloa, que es el mejor de Madrid; 24.000 el de Tolosa Latour que hay en el Parque del Retiro, y 20.000 el de Gutiérrez que hay en el Parque del Instituto Rubio. Constitúyase la Comisión organizadora; diríjase a todas las fuerzas vivas sociales que tengan relación con la Veterinaria, y no dudemos que nos será fácil reunir una suma más que suficiente para erigir en lugar escogido un hermoso monumento que será gloria de la Veterinaria, áurea inscripción de su historia y de sus hombres más ilustres, y nuevo título para su mayor enaltecimiento moral, social, científico y económico. ¿Se puede desear mayor rendimiento con tan justa y sencilla siembra? Yo creo que no.

DR. ANGEL PULIDO.

Manifiesto del Colegio de Madrid a las Escuelas de Veterinaria y a los Colegios provinciales de Veterinarios de toda España.

El Colegio de Veterinarios de la provincia de Madrid, reunido en Junta general extraordinaria el día 19 de noviembre último, al objeto de acordar rendir un homenaje póstumo que perpetúe la memoria del que fué su Presidente honorario y fundador D. Dalmacio García Izcara (q. e. p. d.), el que fué catedrático insigne, maestro de maestros, el que supo encumbrar la Veterinaria española al rango que hoy tiene, y al que le debemos, en fin, todos los veterinarios españoles el más profundo respeto y un recuerdo paternal que seguramente creemos será sentido por todos.

Esta Junta general, creyéndolo así tomó el acuerdo por unanimidad de dirigirse a todas las Escuelas de Veterinaria de España y a todos los Colegios de Veterinarios de la nación, invitándoles a que se sumen al acto del homenaje que se proyecta, y se sirvan tomar acuerdos encaminados a robustecer el ya tomado por el Colegio de Madrid, para de este modo, y por los dos organismos en los que el finado puso su vida entera, en uno como maestro y en otro como fundador entusiasta, puedan llegar a ofrecer el homenaje digno por su grandeza e importancia del hombre a quien se va dedicar y que immortalice su nombre ante las sucesivas generaciones de la Veterinaria española.

De este modo, señores veterinarios, entiende el Colegio de Madrid que debe exteriorizar su duelo la clase veterinaria española, rindiendo culto de admiración y gratitud al más grande de los maestros y al veterinario cumbre de la Veterinaria contemporánea.

Para el fin que anteriormente dejamos expuesto, el Colegio de Madrid ha establecido una cuota extraordinaria mínima entre sus colegiados de 10 pesetas, con la que, una vez se haya hecho efectiva, se abrirá una cuenta en el Banco de España, cuyo título será: "Para homenaje en memoria del veterinario Izcara".

El Colegio de Madrid será el encargado de recibir los giros que los demás Colegios y Escuelas le hagan para este fin; él acusará recibo y hará el correspondiente ingreso en la referida cuenta del Banco de España.

El Colegio de Madrid publicará, todos los meses que dure la sus-

cripción abierta, los ingresos habidos y el total de lo recaudado por medio de la Prensa profesional.

La suscripción está abierta desde el día 1 de enero de 1928.

Una vez cerrada la suscripción, se publicará el total de lo recaudado, y después de emitido el conforme de todas las entidades que hayan contribuido, se citará a una reunión de representantes de éstas (uno por cada una), designado por las mismas y con su correspondiente nombramiento, autorizándole para tomar acuerdos respecto al homenaje en nombre de sus representados.

A la Junta de representantes que se convocará por el Colegio de Madrid concurrirá un notario de esta corte, quien levantará acta del acuerdo recaído referente a en qué ha de consistir el homenaje y forma y personas encargadas de llevarlo a la práctica.

Al hacer esta invitación el Colegio de Madrid, como iniciador, no ha escapado a su consideración que habiendo muchos veterinarios que por no tener obligación no pertenecen a Colegio alguno (profesores, Higiene pecuaria, militares, municipales, etc.), sería una notoria injusticia privarles o prescindir de ellos en el caso de que tuviesen gusto de contribuir al homenaje que se proyecta, y para que esto no suceda, se advierte a todos los señores veterinarios que se encuentren en este caso y que tengan gusto de contribuir al homenaje que puedan remitir su cuota individual al Colegio de Madrid, quien les acusará recibo y publicará la cuantía de su aportación.

Al dirigirse el Colegio de Madrid a las Escuelas de Veterinaria y a todos y cada uno de los Colegios provinciales, tiene que hacer constar que no le guían más fines que simplificar el procedimiento, y si, como esperamos, responden los invitados, como se merecía el finado, la clase veterinaria española habrá grabado en su historia el alto relieve que se pronunciará ante las demás naciones, y nuestros colegas extranjeros podrán apreciar que en los veterinarios españoles es viviente el espíritu de gratitud y admiración hacia el que fué su maestro y compatriota, y nos honró ante el mundo entero como veterinario español.

Todos sabéis que su nombre había rebasado las fronteras, y por lo tanto, justo será que el acto que se proyecta llegue también donde su nombre llegará, para que cuando se pronuncie puedan apreciar en todas partes, el flamear de los enlutados crespones con que hoy está empavesada la Veterinaria de España.

Meditad, señores veterinarios, la grandeza que puede tener el acto al lado de la pequeñez del esfuerzo, por cuyo motivo espera el Colegio de Madrid ver secundada y robustecida su iniciativa, que al final será la obra de todos.

* * *

El Colegio Oficial de Veterinarios de la provincia de Madrid hace constar que habiéndose acordado en la reunión tenida bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Angel Pulido, quedase sin limite el plazo de admisión de donaciones para el homenaje que se proyecta, se ve en la necesidad de modificar su manifiesto en dicho sentido, quedando, por tanto, abierta la admisión de aportaciones sin limitación de tiempo y hasta tanto que la cantidad recaudada alcance una cifra que se considere capaz por esta Comisión ejecutiva para llevar a efecto el proyecto con la lucidez que merece el que sacó de la mazmorra atávica en que estaba sumida la clase veterinaria, recabando para ella fueros y predicamentos que tanto nos enaltecen ante la moderna sociedad, y porque simbolizándole pública y monumentalmente, no sólo podrá ser plausible la hábil mano del ejecutante, porque refleje diestramente la expresión de lo cierto, sino porque también refleje con su actitud ante propios y extraños que la clase veterinaria también tuvo sus grandes hombres, que se simbolizan, como orgullo nacional, y que servirán de estímulo a sucesivas generaciones.

EL PRESIDENTE,

J Antonio Martín.

dríd
o la
e el
yec-
enti-
n li-
ance
para
5 de
eca-
ante
men-
ante,
rque
e la
mbo-
sivas

